

INVOCACION.

En el nombre del Sér cuya existencia
No conoció principio ni fin tiene,
Y cuya soberana omnipotencia
El movimiento universal sostiene;
En el nombre de Aquel cuya influencia
Cuanto existe, benéfica mantiene,
Voy á elevar mi voz entusiasmado
Para cantar de Anáhuac el pasado.

¡Anáhuac! el recinto de las flores;
El emporio feliz de la riqueza;
El país de los pájaros cantores;
El paraíso de sin par belleza.
Anáhuac, que ostentando los primores
Que pródiga le dió Naturaleza,
Como una vírgen cándida brindaba
Los inmensos tesoros que guardaba.

CAPILLA ALFONSO SINA

ANNO DOMINI MDCCLXXII

Voy á cantar los hechos valerosos
 De los de Anáhuac inclitos guerreros
 Que midieron sus armas animosos
 Con destructora hueste de extranjeros.
 Voy á cantar los lances prodigiosos
 De los caudillos que lograron fieros
 Hacer morder al invasor la tierra
 En tan sagrada como infausta guerra.

De mi voz al conjuro poderoso
 De nuevo se alzarán los edificios
 Cuyo aspecto severo y majestuoso
 Del azteca saber nos dejó indicios.
 De sus dioses terribles el odioso
 Anheló de sangrientos sacrificios
 Presentaré también como evidencia
 Segura de la idólatra creencia.

Cantaré la belleza de su cielo;
 De sus brisas la plácida frescura;
 La exuberancia de su fértil suelo,
 Y de sus flores la fragancia pura.
 Así veloz recorrerá mi vuelo
 Ya el monte colosal, ya la llanura,
 Ora el arroyo manso, ora el torrente
 Que arrasa lo que encuentra en su corriente.

¡Ah! si tener lograra el dulce encanto
 Del gran Netzahualcoyotl la voz mía,
 Fuera el murmullo de mi débil canto
 Inagotable fuente de armonía.
 ¡Cuánta dulzura sin igual, y cuánto
 Esplendor mi palabra expresaría
 Si yo lograra que á mi mente inquieta
 Diera su inspiracion el rey poeta.

Entónces de mis labios, con presura,
 No frases brotarían, sino flores
 De blando aroma y sin igual frescura
 Que ostentaran bellísimos colores.
 El manso murmurar del aura pura
 Que acaricia los mirtos tembladores,
 A veces mi voz rústica sería,
 Y otras rumor de tempestad bravía.

¡Con qué vigor mi varonil acento
 Las acciones heroicas relatará
 Del bravo Cuiclahuác, cuyo ardimiento
 Hasta el propio enemigo respetará!
 Lleno de inspiracion, mi pensamiento
 A la region celeste se acercará,
 Y en imágenes ricas en belleza
 De Anáhuac cantaría la grandeza.

Sin más sostén, emperó, que el ardiente
 Y profundo entusiasmo que atesora
 Mi pecho por la raza, que valiente
 Lidió con la legion conquistadora:
 Sin más inspiracion que la que siente
 Quien admira esa lid conmovedora,
 Voy á elevar mis férvidos cantares
 De la querida patria en los altares.

¿Y qué pecho no late entusiasmado
 Al recordar de Cuauhtemoc la gloria
 Que como claro sol han conservado
 Las páginas eternas de la historia?
 ¿Quién no siente su espíritu inspirado
 Cuando los hechos trae á la memoria
 Del valeroso intrépido caudillo
 Que á México cubrió de inmortal brillo?

Débil mi canto, su rumor apenas
 Se escuchará cual se oye la corriente,
 En las noches calladas y serenas,
 De la apacible y apartada fuente.
 ¡Ah! si el ardor que corre por mis venas
 Diera á mi voz su fuerza prepotente,
 Un himno al héroe de Anahuác alzara
 Que el universo, al resonar, llenara.

Tosca es mi voz. Desnuda del ropaje
 De la divina, bella poesia,
 No podrá tributar un homenaje
 Digno á la patria la palabra mia.
 Pero no temo que el mordaz ultraje
 Se desate en mi contra con porfia;
 Porque tiene mi acento pobre y rudo,
 De Cuauhtemoc el nombre por escudo.

¿Y qué pecho no late entusiasmado
 Al recordar de Cuauhtemoc la gloria
 Que como claro sol han conservado
 Las páginas eternas de la historia?
 ¿Quién no siente su espíritu inspirado
 Cuando los hechos trae á la memoria
 Del valeroso intrépido caudillo
 Que á México cubrió de inmortal brillo?

Débil mi canto, su rumor apenas
 Se escuchará cual se oye la corriente,
 En las noches calladas y serenas,
 De la apacible y apartada fuente.
 ¡Ah! si el ardor que corre por mis venas
 Diera á mi voz su fuerza prepotente,
 Un himno al héroe de Anahuác alzara
 Que el universo, al resonar, llenara.

CAPILLA ALFONSO

CANTO PRIMERO.

Actitud del pueblo mexicano por estar alojadas en la capital las tropas castellanas.—Se determina alzar el canto de guerra.—Sale Cortés para Zempoala, quedando á cargo de Alvarado la custodia de la ciudad.—Gran fiesta en el teocalli.—Horrorosa matanza ejecutada por Alvarado.—Es rechazado éste, que se refugia en el cuartel.—El pueblo asalta la residencia de los españoles.—Alvarado hace que Moctezuma contenga al pueblo.—Continúan los preparativos de guerra.—Destrucción de la flotilla española anclada en el lago de Texcoco.

La gran Tenochtitlan en su recinto
De Hernán Cortés las huestes albergaba;¹
Pero obediente á su guerrero instinto
El pueblo mexicano recelaba.
Del monarca austro-ibero Carlos Quinto
El audaz capitán enumeraba
Las altas condiciones á porfía
De poder, de grandeza y de hidalguía.

CANTO PRIMERO.

Actitud del pueblo mexicano por estar alojadas en la capital las tropas castellanas.—Se determina alzar el canto de guerra.—Sale Cortés para Zempoala, quedando á cargo de Alvarado la custodia de la ciudad.—Gran fiesta en el teocalli.—Horrorosa matanza ejecutada por Alvarado.—Es rechazado éste, que se refugia en el cuartel.—El pueblo asalta la residencia de los españoles.—Alvarado hace que Moctezuma contenga al pueblo.—Continúan los preparativos de guerra.—Destrucción de la flotilla española anclada en el lago de Texcoco.

La gran Tenochtitlan en su recinto
De Hernán Cortés las huestes albergaba;¹
Pero obediente á su guerrero instinto
El pueblo mexicano recelaba.
Del monarca austro-ibero Carlos Quinto
El audaz capitán enumeraba
Las altas condiciones á porfía
De poder, de grandeza y de hidalguía.

CAPILLA ALFONSO X

ALFONSO X

“De Emperador y Rey su noble frente
 Ciñe las dos coronas (tal exclama);
 Y su poder, que nace en el Oriente,
 Hasta este suelo su fulgor derrama.
 En cien batallas que ganó valiente
 De invencible adalid cobró la fama,
 Fama que acompañando á sus legiones,
 Es el terror de las demas naciones.

“Magnánimo es tambien y generoso
 Con los imperios que amistad le ofrecen,
 Y á su influjo feliz y poderoso
 Los pueblos adelantan y florecen.
 Es para amigos sol esplendoroso;
 Sus enemigos, sin piedad perecen.....
 Elegid guerra ó paz, ¡oh mexicanos!
 Teneis el porvenir en vuestras manos.”

El pueblo ni vacila ni se aterra:
 Tiene fe en los caudillos esforzados
 Que desde la ciudad hasta la sierra
 Aprestan á la lid á los soldados.
 Por todas partes el clamor de guerra
 Repercuten los ecos dilatados,
 Y el afan de luchar cunde infinito
 Al resonante y belicoso grito.

En *Tlatelolco*² se convocan luego
 Los reyes y caciques y señores
 Notables de Anahuác; y sin sosiego
 La situacion estudian previsores.
 Quién, ardiendo su pecho en patrio fuego,
 Presenta á los audaces invasores
 Como impotente y débil enemigo
 Al cual es fácil dar pronto castigo.

Quién, oyendo la voz supersticiosa
 Que entre muchos domina, se figura
 Que la lucha cruel y desastrosa
 Consigo llevará la desventura.
 Quién, poseyendo el ánima medrosa,
 De los demas ofende la bravura,
 E inclinado á la paz se manifiesta,
 ¡A la paz que Cortés tiene propuesta!

Al oír las contrarias opiniones
 Que tienen al Consejo dividido,
 Palpitan con afan los corazones
 De aquellos que la guerra han decidido;
 Y el joven **Cuauhtemoc**, cuyas acciones
 De héroe la admiracion han merecido,
 Se yergue con viril atrevimiento
 Para expresar su bélico ardimiento.

Es Cuauhtemoc el jefe denodado
 Que se distingue más por la braveza
 De un corazon que late acelerado
 Y con afan aspira á la grandeza
 En las primeras filas colocado
 Por su invicto valor y la nobleza
 De su estirpe elevada, está anheloso
 De combatir al invasor odioso

De marcial y severo continente,
 La majestad á la fiereza aduna
 Es espaciosa su morena frente
 Que no viene á manchar sombra ninguna
 Su mirada de Ajax, limpia y luciente
 Muestra que le acompaña la fortuna
 Y en la grandeza de su sér entero
 Se adivina al intrépido guerrero

Obediente á la voz de la bravura
 El jóven adalid, quiere esforzado
 Reanimar con su voz firme y segura
 El patriótico fuego amortiguado
 Irguiéndose, al efecto, se apresura
 De su ardor juvenil arrebatado,
 A desbordar su áltivo sentimiento,
 Y así se expresa con terrible acento:

“No es tiempo ya de discutir, la hora
 Pasó de escudriñar nuestro destino;
 Tócanos sólo resistir ahora
 Al invasor que á nuestra patria vino.
 La paz que nos propone es red traidora;
 Es mentida promesa de asesino
 Que desarma á la víctima inocente
 Para sacrificarla fácilmente.

“No haya piedad! Convóquese á la guerra
 A todo el que en Anáhuac ha nacido
 El pueblo que sus dioses y su tierra
 Defiende, es respetado aunque vencido.
 ¿A quién la muerte en el combate aterra?
 Si sabe que es la paz el bien perdido?
 ¡No haya piedad! Gritemos de esta suerte:
 “Tregua á la paz! ¡O salvacion ó muerte!”

Dijo, y con la mirada recorriendo
 El extenso concurso, más se alienta
 Al ver que su entusiasmo va encendiendo
 En los demas la fe que experimenta.
 Despues, su propia inspiracion siguiendo,
 Que á la vez que domina se acrecienta,
 Así prosigue el jóven esforzado,
 Que es de nobles y reyes respetado:

“El momento llegó de la venganza:
 Otros hijos del sol han invadido
 Nuestras playas, y abrigan la esperanza
 De quitar al *Malinche*³ aborrecido
 El poder que sus triunfos afianza:
 Si en lucha con su igual queda vencido,
 Se verá desde luego abandonado
 De los traidores pueblos que ha domado.

“Si el Malinche obtuviere la victoria,
 Arrollados serán sus escuadrones,
 Y aunque cubierto de brillante gloria,
 Tendrá que abandonar estas regiones.
 Mas si de nuevo emprende una ilusoria
 Campaña en contra nuestra, las naciones
 De Anáhuac se unirán para esperarle,
 Y muerte justiciera sabrán darle.

“Yo soy de parecer que miétras tanto
 Combaten entre sí los extranjeros,
 Se alce á *Huitzilopochtli*⁴ nuevo canto
 Que convoque á la lid á los guerreros,
 Resuene por doquier el grito santo
 Que llame á defender los patrios fueros,
 Y, listas las legiones mexicanas,
 Vengan despues las huestes castellanás.”

Cesó de hablar el adalid valiente,
 La esperanza sembrando en el concurso,
 Que conmovido acepta diligente
 El plan desarrollado en tal discurso.
 Resuélvese aprestar rápidamente,
 Para obtener el salvador recurso,
 El ejército bravo y numeroso
 Que á raya ponga al invasor odioso.

Hernán Cortés, en tanto, se dispone
 A partir á Zempoala⁵ con su gente,
 Y batir á Narvaez se propone,
 Pues de otro modo fracasar presiente.
 A Pedro de Alvarado al frente pone
 De la legion que juzga suficiente
 Para tener la capital segura,
 Y á partir á la guerra se apresura.

De instintos sanguinarios Alvarado,
 Trata á los mexicanos con dureza,
 Y el prisionero Rey⁶ es injuriado
 Por sus custodios, faltos de nobleza.
 Al circular la voz de que ha quedado
 De la guardia española á la cabeza
 El bravo *Hijo del Sol*,⁷ el pueblo entero
 Teme las iras del feroz guerrero.

A la sazón el pueblo se prepara
 A entregarse á la fiesta religiosa
 Que cada cuatro años celebrara
 Obediente á la fe supersticiosa.⁸
 Alvarado, creyendo que encerrara
 Tal fiesta una intencion tumultuosa,
 Manda que todos vayan desarmados
 Al templo, que circunda de soldados.

En el *teocalli*⁹ principal, vestidos
 Con pompa elegantísima y fastosa,
 Los sacerdotes hállanse reunidos
 Para la ceremonia religiosa.
 Numerosos hachones, repartidos
 En el templo, su luz esplendorosa
 Esparcen alumbrando con porfía
 La elevada y soberbia gradería.

Puestos con majestad en andas de oro
 Los ídolos de piedra relabrada,
 Custodiados están como un tesoro
 Por la clase más noble y elevada.
 Del *huéhuetl*¹⁰ el estrépito insonoro
 Puebla del templo la extension sagrada,
 Y del copal la perfumada nube
 En espirales á la altura sube.

Da principio la fiesta con la danza
 Al són del *teponaxtli*,¹¹ y de repente
 Contra los mexicanos se abalanza
 Del *Tonatiuh*¹² la desalmada gente,
 Feroz, aniquilando cuanto alcanza,
 La soldadesca arrójase impaciente
 Sobre el inerme pueblo que gozoso
 Acataba el precepto religioso.

Cual tigres los guerreros despiadados
 Sobre la muchedumbre sorprendida
 Se lanzan con furor, acompañados
 De tlaxcalteca gente envilecida,
 Mujeres y guerreros desarmados
 Yacen en confusion faltos de vida,
 Y se oye entre el chocar de los aceros
 De los niños los gritos lastimeros.

En medio de la mísera matanza
 Y pisando los miembros palpitantes,
 El sanguinario Tonatiuh se lanza
 A despojar del oro á los danzantes.
 Tal como el buitre hambriento se abalanza
 Al cuerpo que devora por instantes,
 Así el Hijo del Sol con furia ciega
 A despojo tan vil tambien se entrega.

El que quiere escapar, presto se arroja
 A la puerta que guardan los guerreros;
 Pero al instante con su sangre moja
 De las picas los bárbaros aceros.
 Unos resbalan en la charca roja,
 Otros exhalan ayes postrimeros,
 Y los más, resignados con la suerte,
 Anhelan encontrar violenta muerte.

El olor de la sangre, confundido
 Con el aroma del copal, despierta
 El rencor que se hallaba reprimido
 En el pueblo, que en breve se concierta.
 De pronto, en medio del mortal ruido,
 Da el *teohuéhuetl*¹³ el toque del alerta,
 Y á esa señal, de todos conocida,
 Da principio la lucha contenida.

En tanto los caudillos mexicanos
 De la ciudad las calles recorriendo,
 Hacen saber los hechos inhumanos
 Que están en el teocalli sucediendo.
 Listas para atacar á los tiranos
 Van de todos los rumbos acudiendo
 Innúmeras legiones, que esforzadas
 Se dirigen del templo á las entradas.

Sufren primero el choque formidable
 Las tlaxcaltecas chusmas, que con brío
 Oponen resistencia á la espantable
 Y brava acometida del gentío.
 Como suele en su seno inexplorable
 Rugir por la tormenta el mar bravío,
 Así también la multitud rugía
 Por la venganza que en su sangre ardía.

Los grupos tlaxcaltecas, arrollados
 Quedan en breve, y juntos y revueltos
 Tratan los asaltantes y asaltados
 De no cejar, á perecer resueltos.
 De enemigos al fin se ven cercados
 Los españoles, y en la red envueltos,
 No pueden traspasar la espesa valla
 De hombres armados que en su torno se halla.

Tiende la vista el Tonatiuh valiente
 En derredor, buscando la salida,
 Y, secundado por su brava gente,
 Rompe la valla y de salvarse cuida.
 La sangre que resbala por su frente
 Mana de la cabeza, que está herida;
 Pero fuerte, soberbio y animoso,
 Blande su diestra el sable poderoso.

CAPILLA ALFONSO
 UNIVERSIDAD

Por las masas del pueblo perseguidos,
De las que en vano por librarse bregan,
Huyen los españoles, siempre unidos,
Hasta que al fin á sus cuarteles llegan.
Cuando en ellos se ven fortalecidos,
A la defensa con afan se entregan,
Logrando rechazar su fiero brío
El asalto del bélico gentío.

Después, en el Oriente el nuevo día
Dejó asomar su luz; pero velado
El sol por densas nubes, parecía
Protestar contra el mísero atentado.
Lenta y menuda lluvia se extendía
Sobre el vasto teocalli ensangrentado,
En derredor del cual los moribundos
Lanzaban de dolor ayes profundos.

¡Ah! ¡cuán horrible cuadro presentaba
El interior del templo suntuoso!
Aquí, un monton de miembros sustentaba
De algun ídolo el busto pavoroso.
Más allá, de un cadáver se abrazaba
Un inocente niño, que medroso,
Harto ya de llorar y sin aliento,
Buscaba en vano el maternal sustento.

Del teocalli la vasta gradería
Llenaban los cadáveres lanzados
Desde la altura, con audacia impía,
Por el plomo mortal de los soldados.
En todas partes destruccion habia;
Por donde quiera cuerpos mutilados,
Y en un charco de sangre nauseabunda
Se revolcaba gente moribunda.

¡Horrible mortandad! ¡Cuadro sombrío!
Que de vergüenza cubre la memoria
Del alevoso capitan que impío
Manchó de España la brillante gloria!
De la nación ibera el poderío
Opacará en el libro de la historia
El proceder infame de un soldado
Agente suyo: Pedro de Alvarado.

Ni la heroica conquista consumada,
Hecho digno de griegos ó romanos;
Ni la luz á torrentes derramada
Volviendo á los idólatras cristianos;
Ni la industria, hasta entónces ignorada,
De los sencillos pueblos mexicanos,
Podrán, al sucederse las edades,
Desvanecer jamas esas crueldades.

CAPILLA ALFONSO DE ARAGON

Podrán los elevados monumentos
Significar de España la grandeza,
Mas siempre guardarán en sus cimientos
La sangre derramada con vileza.
El recuerdo de bárbaros tormentos
Ejecutados con feroz torpeza
Tendrán los edificios colosales,
Que de enorme crueldad serán señales.

El general que obtiene la victoria
Después de sostener ruda pelea,
Cubre su nombre de fulgente gloria
Aunque el autor del exterminio sea.
Pero aquel que acomete con notoria
Impunidad la bárbara tarea
De asesinar á gente desarmada,
Llena de oprobio la guerrera espada.

.....

No bien hubo brillado el nuevo día,
Se hacen de llamamiento las señales,
Y el pueblo, en numerosa compañía,
Asiste á los solemnes funerales.
La ceremonia fúnebre encendia
En los pechos adictos y leales
De los hijos de Anáhuac, los rencores
Hacia los sanguinarios opresores.

Al terminar ese deber sagrado,
Sale de entre las masas un guerrero,
Por las más altas clases saludado
Con muestras de respeto verdadero.
Es **Cuauhtemoc**, el jóven denodado
Que para combatir es el primero,
Y en cuya acreditada bizarria
Lograr victoria la nacion confia.

Al presentarse el adalid resuena
Un murmullo en las filas agitadas,
Y el grito de ¡victoria! el templo llena,
Repitiéndose en calles y calzadas.
Cuauhtemoc, con el ánima serena
Recibe la ovacion; luego, calmadas
Las voces, se desborda su ardimiento
Y dice así con resonante acento:

.....

“El dios Huitzilopochtli ha presenciado
El más ignominioso sacrificio.
¿La sangre que en su templo han derramado
No es de nuestra victoria fiel indicio?
Las víctimas que aquí se han inmolado
Harán que nuestro dios sea propicio
A la causa comun que defendemos
Y en la que batallando vencerémos.

“Nunca opté por la paz. La voz de guerra
Del corazon saltándome á los labios,
Todo el programa de mi credo encierra,
Aunque cause de muchos los agravios.
En el Consejo mi palabra aterra,
Que no es la lid el campo de los sabios;
Pero el grito de alarma me provoca,
Y hablar en esta vez sólo á mí toca.

“Al arma se ha tocado, y he venido
A disparar las flechas con denuedo:
Si como general soy recibido,
Entónces ordenar la lucha puedo.
Mi corazon, que nunca ha conocido
Lo que es vacilacion, duda ni miedo,
Me anuncia que á las tropas castellanas
Han de vencer las huestes mexicanas.

“¡Ea, pueblos de Anáhuac! ¡Al combate!
¡Sin temor ni piedad al enemigo!
Si un corazon en vuestros pechos late,
Entónces á la lid marchad conmigo.
Arrollarémos al primer embate
Al fiero Tonatiuh, con fe lo digo;
Y cuando el grito de victoria vibre
En el espacio, Anáhuac será libre.”

Dijo, y su acento varonil llenando
Del templo las extensas dimensiones,
Fué de espíritu bélico inundando
Los de raza valientes corazones.
No de otra suerte el viento, desplegando
El lino en favorables ocasiones,
Impulso da en el líquido desierto
A las naves, llevándolas al puerto.

Despues, el sacerdote más anciano
Se acerca á Cuauhtemoc con reverencia,
E inclinando su rostro hasta la mano
Del valiente, le dice con vehemencia:
“La salvacion del reino mexicano
Reside en tu valor y tu experiencia;
Ordena las legiones, y la gloria
Marcha presto á alcanzar con la victoria.”

El bravo Cuauhtemoc, rápidamente
Alista las secciones de guerreros,
Y el asalto dispone diligente
Al temible cuartel de los iberos.
De la gruesa columna pone al frente
Escogida cohorte de flecheros,
Y marchando con fiera bizzarria,
A las legiones al ataque guía.

CAPILLA ALFONSO SINA

Como golpe de mar, que irresistible
 Contra la nave rápido camina,
 Sembrando con presteza indescribible
 En su marcha el espanto y la ruina;
 Así sobre el cuartel, rauda y terrible,
 La hueste mexicana se encamina,
 Ensordeciendo el cóncavo vacío
 Con su marcial y ronco vocerío.

Y millares de flechas silbadoras
 Arrojadas con bélico ardimiento,
 Como nube de plumas voladoras
 Oscurecen el sol poblando el viento.
 Las armas del cuartel, atronadoras,
 Lanzan la muerte con ardor violento,
 Destrozando al ejército enemigo
 Que libre está de protector abrigo.

Pero unidas las filas van marchando
 Hacia el cuartel, que multiplica el fuego,
 Y los claros que muchos van dejando
 Al perecer, se cubren desde luego.
 Las masas populares avanzando
 Van al asalto con arrojo ciego,
 Siguiendo á Cuauhtemoc, cuya osadía
 Al castellano odioso desafia.

Las guerreras legiones, ya diezmadas,
 Logran llegar al rededor del fuerte,
 Cuyas alturas, de hombres coronadas,
 Vomitan sin cesar terrible muerte.
 Las flechas, con acierto disparadas,
 Al castellano ofenden de tal suerte,
 Que aquel que á descubrirse se aventura
 Halla en su imprevision muerte segura.

Cuauhtemoc, que recorre sin sosiego
 Las filas de su gente embravecida,
 Con la serenidad de un héroe griego,
 De alcanzar la victoria sólo cuida.
 Su corazón, ardiendo en patrio fuego,
 Alienta esa esperanza tan querida,
 Y su mente, revuelta y agitada,
 Se siente por los dioses inspirada.

Manda que sus intrépidos soldados
 Destruyan la artillada fortaleza,
 Y desde luego por distintos lados
 Se propaga el incendio con presteza.
 Los muros á la vez son atacados
 Con increíble, sin igual destreza,
 Y en corto espacio quedarán vencidos
 Aquellos invasores tan temidos.

CAPILLA ALCONSINA

Mira el riesgo Alvarado, y diestramente
 A Moctezuma manda que en seguida
 Ataje con su voz el resistente
 Empuje de la turba enfurecida.
 Moctezuma, sumiso y obediente,
 Su sagrada misión cobarde olvida,
 Y dirigiendo al pueblo breve arenga,
 Logra que en su entusiasmo se contenga.

A la voz de su Rey, no sólo amado
 Sino también temido, se contiene
 En su furor el pueblo, que esforzado
 Asegurada la victoria tiene.
 El bravo Cuauhtemoc, entusiasmado,
 Con algunos adictos se sostiene,
 Creyendo con su esfuerzo valeroso
 Vencer al enemigo poderoso.

¡Pero ¡ay! en vano su gigante anhelo
 A lucha desigual lo precipita:
 ¿Quién atrevido escala el alto cielo?
 Si á empresa tal su sinrazón lo excita?
 Podrá el águila audaz tender su vuelo
 En la región del éter infinita;
 Pero jamás estampará sus huellas
 Donde tienen su asiento las estrellas.

Es Cuauhtemoc modelo de heroísmo,
 Brilla en su noble frente la esperanza,
 Arde en su corazón el patriotismo
 Y obedece á la voz de la venganza.
 Puede arrojarse ciego en el abismo,
 Como el suicida incrédulo se lanza
 Al más allá; pero á su mente viene
 La patria amenazada, y se detiene.

Libre ya del asalto formidable
 Que sembrara en los pechos la pavora,
 El Tonatiuh, sereno, imperturbable
 A restaurar el orden se apresura.
 Queda otra vez en breve inexpugnable
 El cuartel que á las tropas asegura,
 Dispuesto á resistir osadamente
 La hostilidad de Cuauhtemoc valiente.

En tanto, en la ciudad los mexicanos,
 En numerosos grupos divididos,
 Llenan los sitios al cuartel cercanos
 Y sin cesar discuten conmovidos.
 Los jefes principales, los ancianos
 Y los caciques, hállanse reunidos
 Para la nueva junta convocada
 De Tlatelolco en la real morada.

CAPILLA ALFONSO

Los ancianos, que están en mayoría,
 Optan por respetar el mandamiento
 Del prisionero Rey, y con porfía
 Recuerdan el prestado juramento.
 Los guerreros, cediendo á la osadía
 Natural de su bélico ardimiento,
 Votan por que se imponga al enemigo
 En la batalla vengador castigo.

Por una y otra parte, con vehemencia
 Luchan los oradores distinguidos,
 Sin que de los primeros la elocuencia
 A los segundos deje convencidos.
 Es tal de los guerreros la insistencia
 En vengar los ultrajes recibidos,
 Que por fin el Consejo se domina
 Y seguir la campaña determina.

Se aprestan al momento las secciones
 Guerreras, que el cuartel circunvalando,
 Cubren las diferentes posiciones
 Que están al enemigo dominando.
 Así como en la caza á los leones
 Van en su madriguera acorralando
 Los diestros cazadores, de tal suerte
 Cerca la hueste mexicana el fuerte navega.

Surta en el lago de Texcoco estaba.
 Una pequeña flota, construida
 Por Cortés, y que al viento desplegada
 La española bandera aborrecida.
 El pueblo mexicano la miraba
 Con el rencor inmenso que se anidaba
 En todos los amantes corazones
 Que sangran de la patria á los baldones.

Arrebatado del rencor que siente
 Por la hueste enemiga y extranjera,
 No puede el pueblo ver indiferente
 Que tremole en el lago la bandera
 Con impulso terrible, omnipotente,
 Creciendo más y más su audacia fiera,
 La multitud, á quien el odio excita
 Sobre el lago veloz se precipita.

Y como el huracan desenfrenado,
 Que todo lo atropella y lo maltrata,
 El pueblo inexorable, entusiasmado
 La flotilla española desbarata.
 Quién desgarrá el velámen desplegado,
 Quién el timon con frenesí arrebató,
 Quién, destrozando la empalmada quilla,
 Navega sobre un resto hasta la orilla.

Unos, con ansia propagando el fuego,
 Hacen que pronto cruja la madera;
 Otros con loco afán quebrantan luego
 La arboladura fuerte y altanera.
 Alguien, llevado de entusiasmo ciego,
 Quita febril del asta la bandera,
 Y haciéndola girones con los dientes,
 Se forma de ella lazos diferentes.

En breve tiempo el popular estrago
 Deja los bergantines destruidos,
 Y en el espejo límpido del lago
 Sobrenadan los restos esparcidos.
 Expresa el pueblo su profundo halago
 Con vitores por nobles presididos,
 Y en los que al són del teponaxtli elevan
 Cantos que el triunfo en sus estrofas llevan.

FIN DEL CANTO PRIMERO.

Unos, con ansia propagando el fuego,
 Hacen que pronto cruja la madera;
 Otros con loco afán quebrantan luego
 La arboladura fuerte y altanera.
 Alguien, llevado de entusiasmo ciego,
 Quita febril del asta la bandera,
 Y haciéndola girones con los dientes,
 Se forma de ella lazos diferentes.

CANTO SEGUNDO.

Regresa Hernán Cortés de Zempoala.—Es recibido fríamente por los mexicanos.—Entra al cuartel español, y el pueblo se dispone á combatirlo.—Exige Cortés á Moctezuma que calme la ira popular, y éste envía á Cuitláhuac para que contenga á las masas.—Se pone Cuitláhuac á la cabeza del pueblo y ataca á los españoles.—Moctezuma intenta calmar con su presencia la ira de los mexicanos, y es herido con una piedra.—Combates en las calles.—Asaltan los españoles el gran teocalli y son rechazados hasta su cuartel.

Cuando benigna la voluble diosa
 Que se llama Fortuna, con sus alas
 Protege á un sér amiga y cariñosa,
 En él derrama sus celestes galas.
 El héroe que con planta valerosa
 Logra pisar de las empireas salas
 El recinto magnífico y sagrado,
 Su camino prosigue acelerado.